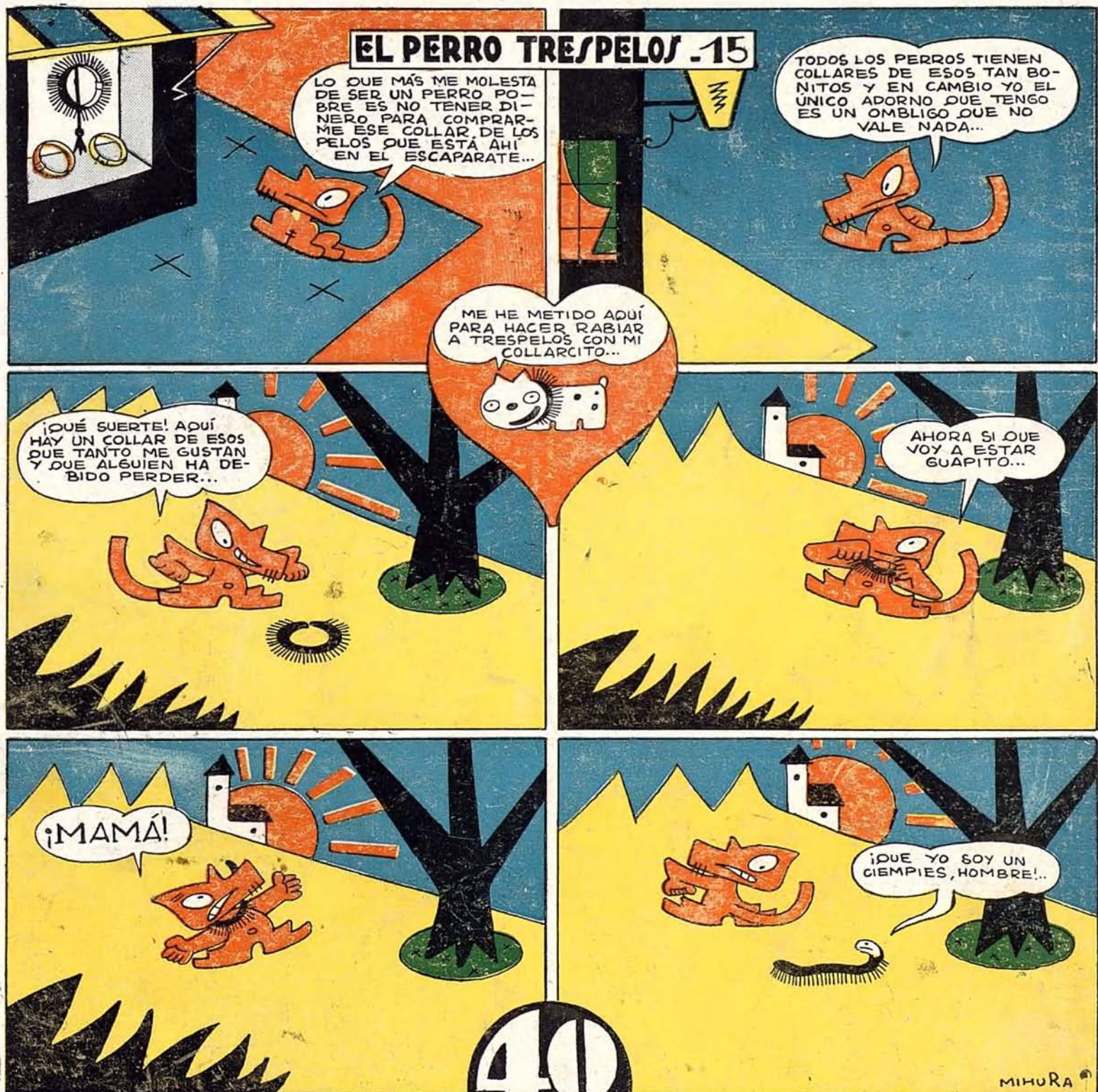


# el perro, el ratón y el gato...

semanario  
de las niñas,

15

los chicos los bi-  
chos, las muñecas



40  
cts



# El Niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OSCAR





dos a la vez, el miedo cerval que habían pasado en el bosque.

Los pobres leñadores estaban contentos por haber recuperado sus hijos; pero esta alegría fué pasajera; duró lo que los diez escudos. Así que se acabó el dinero, empezaron otra vez a contristarse; volvió la miseria a reinar en la casa y determinaron de nuevo deshacerse de los muchachos. Para realizar su propósito decidieron llevarlos esta vez mucho más lejos y a un lugar más extraviado del bosque. Aunque hablaron muy secretamente de estos planes. Pulgarito los oyó y tomó sus medidas para salir como antes del apuro. Se levantó también muy temprano para ir al arroyo a recoger chinitas; pero no pudo conseguirlo; la puerta de la casa estaba cerrada con llave. El pobre no sabía qué hacer; cuando su madre dió a cada uno un pedazo de pan para que se desayunasen. Entonces pensó que el pan, reduciéndolo a migajas, podría prestarle el mismo servicio que las chinitas, y en vez de comerlo, como sus hermanos, se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Condujeron los leñadores a los niños a lo más espeso de la selva, y a la primera oportunidad hu-

Pulgarcito echó a andar delante de sus hermanos, y guiándose por las chinitas, volvió por el mismo camino que habían ido al bosque. Llegaron todos a casa, pero no atreviéndose a entrar se agruparon solos, comenzaron a llorar a lágrima viva, a dar to en la maleza. Cuando los chicos se encontraron a poco y luego echaron a correr por un sendero oculto sus padres ocupados en trabajar, se alejaron poco a recoger ramas secas para formar haces. Viéndolos El leñador se puso a cortar leña, y los muchachos a diez pasos de distancia, no se veían unos a otros. se internaron en un sitio sumamente espeso, donde, Llegó la hora de ir al bosque, y padres e hijos bierlo.

hermanos y nada les dijo de lo que había descubierto. —No tenéis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé llevaros a casa: seguidme.

exclamó después: no un reguero de chinitas, los dejó llorar un rato y Pulgarito, que había hecho a lo largo del camino grandes voces y a llamar a sus padres.

ellos, comenzaron a llorar a lágrima viva, a dar to en la maleza. Cuando los chicos se encontraron a poco y luego echaron a correr por un sendero oculto sus padres ocupados en trabajar, se alejaron poco a recoger ramas secas para formar haces. Viéndolos El leñador se puso a cortar leña, y los muchachos a diez pasos de distancia, no se veían unos a otros. se internaron en un sitio sumamente espeso, donde, Llegó la hora de ir al bosque, y padres e hijos bierlo.

## PULGARITO

por PERRAULT

*Carlos Perrault nació en París, el 12 de enero de 1628; hace, pues, trescientos años. Fué un escritor de poco nombre. Sus obras no han tenido fama. Pero en 1697 se le ocurrió publicar una colección de los cuentos que andaban de boca en boca y de siglo en siglo, arreglados acertadamente por él, y añadidos con su ironía.*

*No dió importancia a esta obra, que hasta publicó con el nombre de su hijo, como si éste fuera el autor. Pero este libro, en el que se mueven los personajes de dos mundos: el de la realidad y el de los ensueños, fué el que le dió nombre. Falleció en 1703.*

Eran una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos: el mayor contaba diez años y el más chico siete, y muchos de ellos eran gemelos. Como los leñadores eran muy pobres, y los hijos no podían todavía ganarse la vida, los infelices padres no sabían qué hacer con ellos. Para colmo de males, el



Pulgarito había oído toda la conversación: sintió desde la cama hablar en la cocina, se levantó y logró esconderse sin ser visto debajo del banco en que estaba sentado su padre; desde allí no perdió ni una palabra. Así que los leñadores acabaron su diálogo, se acostó de nuevo y se puso a pensar en lo que había de hacer. A la mañana siguiente se levantó apenas fué de día, enderezó el paso hacia la orilla de un arroyo y se llenó los bolsillos de chinitas blancas. En seguida volvió a reunirse con sus

padres. Cuando los leñadores volvían a su cabaña, un criado del señor de la aldea les entregó diez escudos que su amo les debía desde hacía tiempo, y dio la vida a los infelices, próximos a morir de hambre. El leñador mandó en seguida a su mujer en busca de pan y carne, y como los pobres no habían comido desde la víspera, ella no se paró en barras y compró tres veces más de lo que necesitaba para la cena de dos personas. Así que estuvieron satisfechos, dijo la mujer:

—¡Ay! ¿Qué habrá sido de mis hijitos? Si estuvieran aquí despacharían lo que nos ha sobrado.

Tales exclamaciones hizo la pobre mujer, que el leñador acabó por impacientarse, y la amenazó con sacudirle el polvo si no se callaba. Y no es que el

menor era muy delicadito y apenas hablaba una palabra, cosa que todo el mundo tomaba por falta de seso y que en realidad no consistía sino en la extremada bondad de su carácter. Cuando nació era tan pequeño, que apenas tenía el tamaño de un dedo pulgar, y por esto empezaron a llamarle Pulgarito, y Pulgarito se le quedó por nombre.

Como la cuerda siempre se rompe por lo más delgado, el pobre era el sufrepesares de la casa, o como vulgarmente se dice, el que pagaba el pato en todas las cuestiones. Su precoz inteligencia no tenía, sin embargo, punto de comparación con la de sus hermanos, pues si Pulgarito hablaba poco, en cambio observaba mucho; y la observación es madre de la sabiduría.

Fué un año de escasez tal, la falta de recursos y el hambre de estas pobres gentes, que resolvieron deshacerse de sus hijos.

Una noche, cuando los muchachos se habían ido ya a la cama, el leñador, con el corazón oprimido por la pena, dijo a su mujer:

—Ya ves, María, que nos es imposible alimentar a nuestros hijos; yo no tengo entrañas para verlos

de abandonar a tus hijos?

—¡Ah!—respondió la mujer—. ¿Serías capaz de abandonar a tus hijos?

—¡Ay! ¿Qué harán ahora mis pobres hijos? ¿Dónde estarán?

Tan alto lo dijo una vez, que, habiéndolo oído los muchachos que se hallaban a la puerta, respondieron a coro:

—¡Aquí estamos madre, aquí estamos!

La pobre salió corriendo a recibirlos y exclamó besándolos apasionadamente:

—¡Hijos de mi alma, que ya no creía volver a veros! ¿Estáis cansados? ¿Tenéis hambre? Y tú, Perico, ¿cómo vienes tan sucio? Entra y te lavaré la cara.

Este Perico era el hijo mayor, y le amaba más que a los otros, porque tenía, como ella, el pelo algo rojizo. Sentáronse a la mesa, y mientras comían con voraz apetito, refirieron a sus padres, hablando to-



Este ejemplar pertenece a



BIENOTECOA  
MUNICIPAL  
MADRID

## El Ratón Bombón

### XV. Un hongo con rabo de ratón.

Salí, pues, aunque antes estuve durmiendo la siesta en la almohada de mi protector, para dejarle el único recuerdo agradable que yo puedo dejar: mi olor a chocolate.

Y marchaba por la calle, muy arrimadito a la pared, para pasar disimulado, cuando me vió uno que estaba tomando café a la puerta de un bar.

Yo no sé si se creyó que era una mariposa; el caso es que aquel enemigo, con una agilidad espantosa, me tiró su negro sombrero hongo. Y lo grande fué que me cayó bien.

Ahora, que yo no soy una mariposa de esas que se están quietecitas debajo del sombrero cazador.

Yo seguí corriendo con sombrero y todo.

Y ya comprenderéis la que se armó en aquella calle, que era de las más concurridas de la ciudad.

Sustos, carreras... La gente gritaba; un niño me persiguió con un mariposero; yo lo vi por unos agujeros que algunos hongos tienen, que se llaman respiraderos.

Los paseantes no podían imaginarse que allí dentro iba un ratón: creían que era un sombrero misterioso, con rabo y todo.

Por eso al niño del mariposero, que ya iba a mis alcances, le di un susto espantoso. Me revolví hacia sus pies, y de un salto se agarró a la rama de un árbol...

Y la manga de las mariposas se le cayó, y fué a cazar a un guardia de bigotes...

Yo seguí corriendo; un automóvil chiquitito, conducido por pollos *peras* o *guindas*, me persiguió entonces. Pero con tan mala fortuna para ellos, que llegaron a un paso para gente de a pie, y les detuvo el guardia de la porra, mientras yo seguía por entre la gente, que casi toda huía para dejarme paso.

Entonces vino una pareja de guardias ciclistas... y me corrieron a toda velocidad. Yo les veía por los agujeros de cuando en cuando.

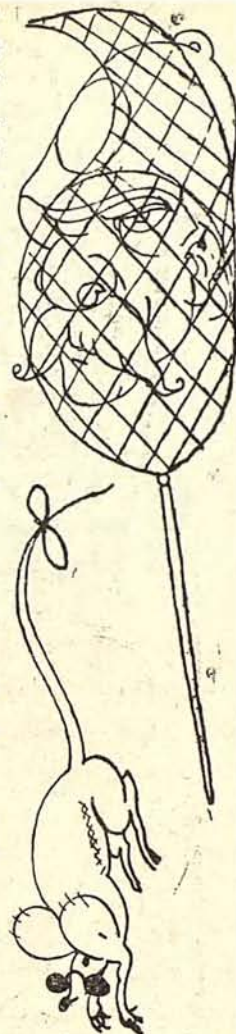
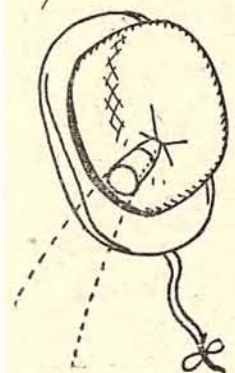
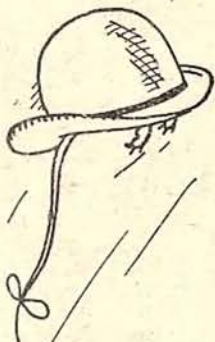
De pronto se oyó un tiroteo. Eran ellos, que se decidieron a disparar sus pistolas de varios tiros, según iban corriendo.

Agujerearon el hongo del señor del bar de un modo imponente. Eso me hizo correr más, lleno de espanto. Y en una de aquellas carreras, ¡zas!, me caí a una alcantarilla por un agujero pequeño; pero inmediatamente salí por otro, y asomé la cabeza.

Entonces vi cómo llegaban los ciclistas, otros guardias, soldados, automóviles, el alcalde, el gobernador..., cientos y cientos de personas...

Y cogieron el hongo con un sable, y lo llevaron a la cárcel, entre rejas, por si era misterioso.

Y yo me fuí tranquilamente, riéndome solito sin poderme contener.

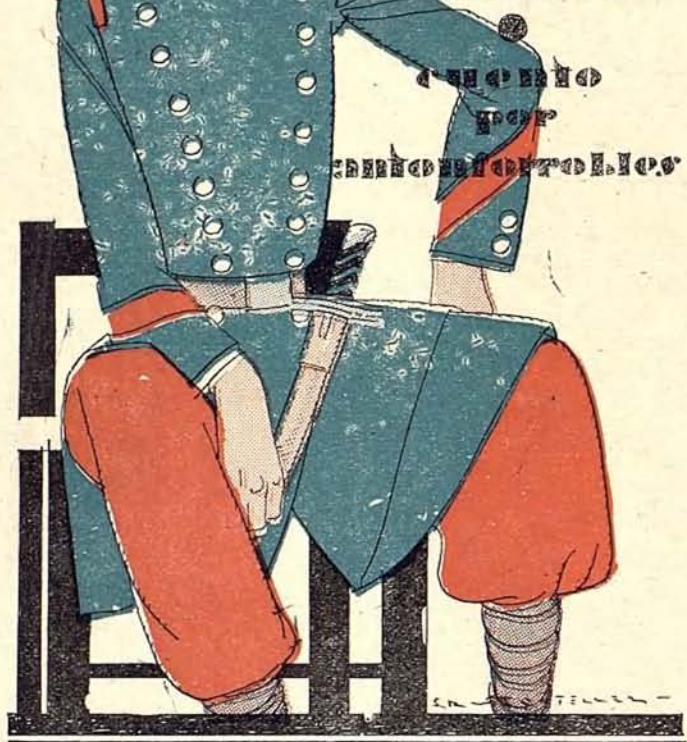


1.000  
pesetas,  
una bicicleta,  
una muñeca  
y un bolsillo,  
son los  
premios  
del sencillo  
concurso  
de la frase  
de Don  
Quijote.

Podéis  
pedir al  
Apartado 33,  
Madrid,  
los números  
atrasados.



# el cabo pipa su vida y la falta de confianza



ERÁ posible que mi lector, rubio o moreno, pero sin canas, no sepa quién fué el cabo Pipa?

Sí, hombre, sí; el cabo Pipa fué aquel militarote valiente que en una batalla contra los moros se lanzó al cuerpo a cuerpo, y cuando tenía cogido a un árabe por la barba con la mano derecha, y a otro por el codo con la izquierda..., les soltó, diciendo:

—Bueno; os suelto porque yo soy un hombre de mucha conciencia, y no quiero que se diga que me aprovecho de que estáis sujetos para pegaros. Id con Dios, y sólo os pido que no volváis a poneros delante de mi vista.

Los moros bajaron la cabeza, reconociendo su inferioridad ante aquel valiente, y se fueron a contar a sus amigos el rasgo noble del español.

Mientras tanto, un soldado de los que iban al mando del cabo se quejó al capitán, y el capitán al general. El caso es que el general Labarriga, famoso en aquella antigua guerra de moros y cristianos, preguntó:

—¿Y quién es ese cabo Pipa?

—Un cabo que casi siempre va fumando en una pipa que tiene forma de pipa.

—Pues que se me presente ese cabo, que seguramente tendrá forma de cabo.

Al poco tiempo se presentó el cabo Pipa, y se quedó más cuadrado y derecho que una vela de esas que hay que afilar un poco, como un lápiz, para meterlas por la boca de una botella; porque ésas suelen quedar un poco inclinadas. Y él no.

—¡Cabo Pipa!

—¡Mi general!

—¿Por qué has soltado esos dos prisioneros que dicen que tenías atrapados? ¿Es que te has pasado «al moro»? ¿Es que haces traición a tu patria?... ¡Explica inmediatamente tu conducta, porque me parece que vas a ser fusilado!!...

—Perdóneme, mi general, si he faltado en algo, y perdóneme la patria si en algo ha podido perjudicarla mi conducta, cuando soy el más amante de sus hijos... Pero si yo he soltado a esos dos hombres, era porque estábamos en desiguales condiciones; y como soy un cabo de estrechísima conciencia, me dió pena...—dijo Pipa.

—Pero ¡hombre de Dios!—exclamó el general—. Si estabais en desiguales condiciones, era a favor de ellos, que eran dos, y tú uno solo.

—Eso era al principio, mi general. Pero cuando los «trinqué» ya no valían ni medio... Y yo tengo muy estrecha la conciencia. No sirvo para hacer daño al que no me lo puede hacer a mí.

—No me gusta este razonamiento—replicó el jefe—, porque si todos pensaran como tú, nos dejaríamos vencer al ver que vencíamos. Y el enemigo, si también pensaba igual, al ver que entonces vencía, también se dejaría vencer. Y no habría guerras.

—¡Mejor!—exclamó el cabo.

—¡Mejor? ¡Fuera del Ejército! Un soldado debe amar la guerra.

—Seguramente mi general tendrá razón; pero yo tengo la conciencia así...

Así era de bueno aquel hombre.

\*\*\*

El cabo Pipa cargó su mochila con pan, dátiles, galletas y naranjas, y como no tenía dinero para tomar un barco y volver a España, se internó en Africa.

El cansancio, el ejercicio... y, sobre todo, el pensar que ya no tenía que matar a nadie le abrieron unas alegres ganas de comer.

Y en medio de un campo africano, viendo cómo los monos saltaban de árbol a árbol con buen humor y agilidad, se comió casi todo el pan, menos un pedacito; todos los dátiles, menos uno; las galletas, dejando tan sólo una, y cuatro naranjas, de cinco que llevaba.

Luego se quedó profundamente dormido, sin fijarse en que la Luna le pasó por encima, mirándole descaradamente.

Ya de día se despertó, se sentó en el suelo, se resregó un poquillo los ojos como un niño, y desorientado completamente, y luego de lavarse en un río chapuzándose la cabeza, echó a andar.

Como era mozo de buen apetito, pronto sintió que el hambre le hacía cosquillas de nuevo. Pero el cabo Pipa se aguantó lo que pudo, pensando en las poquísimas provisiones que le quedaban.

Siguió su marcha, y el hambre parecía una cadena que tiraba de él hacia todas las piedras donde pudiera sentarse a comer.

—¡Ea!—exclamó hablando solo, sin poderse contener—. No puedo más: voy a zamparme el triste pedacillo de pan.

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



Sacó el cachito que iba a comerse, y cuando iba a llevárselo a la boca escuchó una voz que le dijo: —¡Militar! Si eres un hombre bueno, atiende a mi súplica: dame ese pedazo de pan, porque me muero de hambre...

Era una viejecita tan demacrada, tan lastimosa, que el cabo Pipa, sin contestarla siquiera, como si se hubiera quedado un poco bobo, le alargó el pedazo de pan.

Ella entonces sacó de debajo de su roído manto una cajita misteriosa, y le dijo:

—Has sido un buen muchacho. Te pago con esta caja. Si un día encuentras la llave, de algo te servirá.

Cogió él el regalo, lo guardó sin pensar que aquello pudiera o no ser algún tesoro, y siguió su marcha sin ruta. A la ventura...

Pero el hombre volvió a sentir con más ansia el apetito. Ya eran muchas horas de marcha, y, por consiguiente, el estómago se sentía más vacío que esas gomas de balón a las que se las estruja en caracol para que salga todo el aire, y luego están pachuchas.

Total, que se sentó de nuevo y, con los ojos saltos por el hambre, desató la mochilila, si no ansiosamente, sí, al menos, velozmente.

Y en el momento en que se iba a llevar el dátíl que le quedaba a la boca, una niña salió de entre unas ramas y le dijo:

—¡Ay, buen hombre, si usted fuera tan bueno que me diera ese dátíl!... Llevo dos días sin comer...

—Si soy bueno o no—respondió el soldado—, no lo sé. Pero sí sé que este último dátíl es para ti. ¡No faltaba más!...

Y se lo dió, y se levantó con intención de huir, para que su estómago no sufriera con celos al ver que otros estómagos engullían algo más que él.

Pero la niña le detuvo, diciéndole:

—No puedo ofrecerle nada en señal de gratitud. Sólo esta llave, que me he encontrado en el campo. Guárdela...

La guardó y siguió su marcha, aguantando el hambre lo que pudiera, ya que le iban faltando cada vez más los alimentos.

Sin embargo, no pudo andar ni medio kilómetro. Se caía rendido... Por eso se sentó, y antes de coger la galleta sacó la llave, se acordó de la caja, probó, abrió... y se encontró con cien monedas de oro que le servirían para comer muchos días donde hubiera qué comer.

Se puso muy contento..., pero no por su contento se le calmaba el deseo de tomar algo. Así es que fué de nuevo su mano al morral, y sacó la galleta.

Y he aquí que una mujer flaca, rotos sus vestidos, despeinada su cabellera, descalza y con un niño en brazos, llegó a él por el camino y detuvo su mano diciéndole:

—Perdona que detenga esa mano, buen soldado. Tú eres bastante fuerte. Yo estoy débil y hambrienta. Este niño se me puede morir por falta de alimento. Si tienes corazón, dame para él esa galleta, si es que no tienes otro manjar para mí...

El cabo Pipa, que ya tenía los ojos saltos por ansia de comer, que ya no podía levantar los brazos de debilidad, flaco, como si llevara dos meses de ali-



mentarse con miserias, buscó en el morral y sacó la naranja.

Y con la naranja en una mano y la galleta en otra se lo iba a ofrecer a la mujer, cuando se acordó, de pronto, de la caja y la llave.

El había leído muchos cuentos de niños, y creía que pudiera suceder muchas veces esto de que un hada, presentándose en forma humilde, premiara la caridad de los buenos.

¿Sería ésta un hada que se presentaba ahora por tercera vez ante sus ojos? Si así era, ¿cómo iba él, de tan estrecha conciencia, a dar una limosna, sabiendo que se lo iban a premiar?...

Las limosnas deben ser espontáneas, sin buscar en ellas una compensación ni pago alguno.

Entonces se levantó tambaleándose por el hambre; entregó el donativo por si, en efecto, eran pobres, y salió corriendo, empujado por su noble conciencia, antes de que pudieran ofrecerle dones nuevos.

No era como esos otros personajes de cuento, muy buenos, que, a lo tonto, a lo tonto, se van llenando de tesoros. Una limosna debe dejar el alma limpia: no debe cobrarse...

No había tal hada; pero por si acaso, él huyó con el alma más clara y limpia que el cristal de un escaparate de juguetes, y dió pronto con una chumbera, que le ofreció todos los higos que quiso.

Y siempre fué feliz. Esa es la verdad.

Se fué a un pueblo, trabajó las tierras, comía el pan de su trabajo... y hasta roncaba un poquito tranquilamente en la siesta y por la noche.

(Dibujos de ARISTO TELLEZ.)





## El pregonero

Vengan chistes, vengan chistes. Un burro con cepo.



**R**ESPETABLE público:  
De orden del Excmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de **EL PERRO, EL RATON Y EL GATO**, que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Algunas cosas de gran maravilla, sí, señores; porque maravillosa es la "Hoja del Nene" que ofrece para los chicos pequeñines, con alehuyas que no tienen ni asunto siquiera, sino sólo estampa. Y un cuento chiquito que se titula "Los curiosos castigados".

Maravillosa es también La Coruña, y Botón del Aire visita esta vez tan bella ciudad gallega. Y no es menos maravilloso cómo se salva Carloto Perra en la crecida del río, gracias a que le creen un canario.

Las ilustraciones del Pollo Guinda son un hombre del pueblo tirando al chito y un señorito matando pichones; lo recuerdo.

Y el cuento, que viene ilustrado con unos cuervos muy graciosos, se titula con esta alehuya: "Mariposa exagerada, que no sirve para nada."

Tal vez de las cosas más tristonas que le han pasado en su vida al ratón Bombón es eso de que por su culpa un pobre burrito se coge el hocico con un cepo. ¡Pobre burro! ¡Con la cara de buenazo que tiene el animalito!...

Villacaballos sigue completando su ejército. Anda estos días con la Infantería, y ya veréis qué coronel más arrogante y qué abanderado más simpático. ¡Bien por Villacaballos! ¡Qué días más buenos pasé allí, cuando fui con Trespelos, Adivino, Bombón, Cincomanos y todos ellos!...

Bely, la niña preciosa, y Chin, la muñeca saladísima, esta vez no van al bosque. Van al mar. Y salvan a un chiquillo de un pulpo... y ya veréis, luego, lo que él se creía que era un pulpo.

El Gato Adivino termina en este número los pasatiempos dedicados a los juguetes de Manolito, y prepara unos para octubre, formidables.

Se nos habla de los que nos dan la materia importante para nuestros trajes. ¿Quiénes son las ovejas? ¿Y quién nos habla de la lana? El gran Naturalista.

Y además de las respuestas, y además de la historieta del Sr. D. Trespelos, hay una página que se titula: "¡Vengan chistes, vengan chistes!..."

Con todo lo cual se ve que es ccra de comprar el próximo número de **EL PERRO, EL RATON Y EL GATO**. ¿Verdad?

¿Verdad que sí?...

El Pregonero.

\*\*\*

La patrona.—¿Cómo no se levanta usted hoy, señorito? ¿Es que no se encuentra usted bien?  
El huésped.—¿Qué cosas pregunta usted! Precisamente porque me encuentro bien aquí es por lo que no me levanto.

## El príncipe pp



De cien perros quedan cinco; pero se salvan todos los hombres.



**L**os cazadores de fieras convivieron unos días con el príncipe José. Después se prepararon todos para la marcha.

Unos indígenas les trajeron camellos, porque había que atravesar un desierto. El príncipe acompañó a la expedición, porque tal vez en algún oasis del desierto, o acaso al otro lado, se encontrase la flor que curaría al príncipe heredero, enfermo aún por los gases asfixiantes.

Montaron en los camellos y rompieron la marcha. Cerca de cien perros les seguían. En total eran doce hombres y ocho camellos.

Pronto comenzaron a ver que un ligero viento movía de un lado para otro las arenillas de la superficie del desierto. Regimientos de millones y millones de arenas que a paso de guerrilla se movilizaban.

Esto les inquietó mucho al príncipe Pp y a sus compañeros, porque advirtieron que los indígenas se pararon y hablaban mucho entre sí, señalando unas veces a un sitio y otras a otro, lo que quiere decir que aquel ir y venir de las arenillas les había despistado y no acertaban cuál era la ruta que la caravana tenía que tomar.

En esto, una gran ola de arena pasó más alta que sus cabezas, asustando a todos y cegándoles. Pasada la ola, los hombres trataron de limpiarse los ojos, y los camellos salían difícilmente del enterramiento de sus patas que había logrado la ola.

Después vino otra ola, y otra, y más... Los hombres, sobre las jorobas de los camellos, se tapaban los ojos. Los camellos iban cubriendo poco a poco. Los perros ladraban desesperados, y los que no ladraban era porque iban sucumbiendo.

Al pronto el príncipe PP tuvo una idea. Cogió una cuerda larga que había atrás de la montura, se arrojó del camello, y la fué pasando por las manos de los doce hombres. Eso pudo costarle la vida, porque no podía volver a su sitio; tuvieron que tirar de la cuerda entre los otros, puestos de pie sobre los camellos, y así se le salvó.

La misma operación se hizo con dos o tres más, que desaparecían, bien porque sus camellos ya hubieran quedado enterrados, bien porque el viento los hubiera tirado a la arena.

Cuando vino la calma, pudieron ser salvos tres de los ocho camellos y cinco perros solamente. Pero los doce hombres iban todos.

Y como con la calma los guías volvieron a darse cuenta de dónde estaban, llegaron poco a poco a un oasis, donde los cazadores obsequiaron enormemente al príncipe que les había salvado.

Paco Metro y Pico.

\*\*\*

La cocinera.—Señorita, ¿tiene usted un poco de tafetán?  
—¿Qué pasa? ¿Se ha cortado usted al picar la carne, Romualda?  
—No, señorita. Es que se ha cortado la leche.



# La persona, el animal y el mueble

Concurso para los dibujos que se publiquen desde el 26 de julio hasta el 13 de septiembre. Premios: un paquete de libros al mejor, y un balón al más gracioso.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el maldito cesto:

1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una persona (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



265.—Vicente González.  
Ceuta (Cádiz).



266.—Pilar Vera.  
Elda (Alicante).



267.—Joaquín Vera.  
Elda (Alicante).



268.—Carmen S. Ramos.  
Ampudia (Palencia).



269.—José Bascones.  
Barcelona.



270.—José Bascones.  
Barcelona.



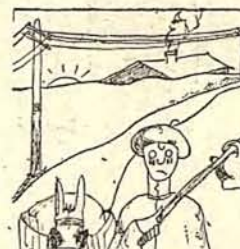
271.—Rafael Carbonell.  
Madrid.



272.—Pío Ballesteros.  
Madrid.



273.—Finita G. de Buitrago.  
Talavera (Toledo).



274.—Rafael Palau.  
Valencia.



275.—Fernando S. Calzada.  
León.



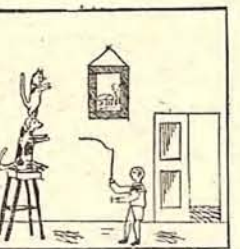
276.—Vicente Marín.  
Valladolid.



277.—José Fernández Zafra.  
Arcila (Marruecos).



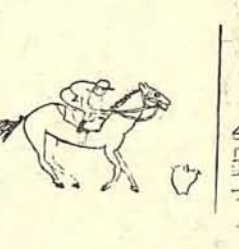
278.—César Fuentes.  
Bonansa (Huesca).



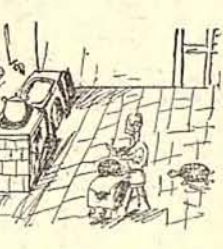
279.—Manuel Paz Alejandre.  
Madrid.



280.—Carmen Aznar.  
Madrid.



281.—Francisco Peiró.  
Madrid.



282.—Fernando Ramírez.  
Barcelona.



282 bis.—Mariano Domínguez.  
Madrid.



283.—Elena Sánchez.  
Segovia.



284.—Ofelia Santonja Pastor.  
Madrid.



285.—César Colmenera.  
Madrid.



286.—César Colmenera.  
Madrid.

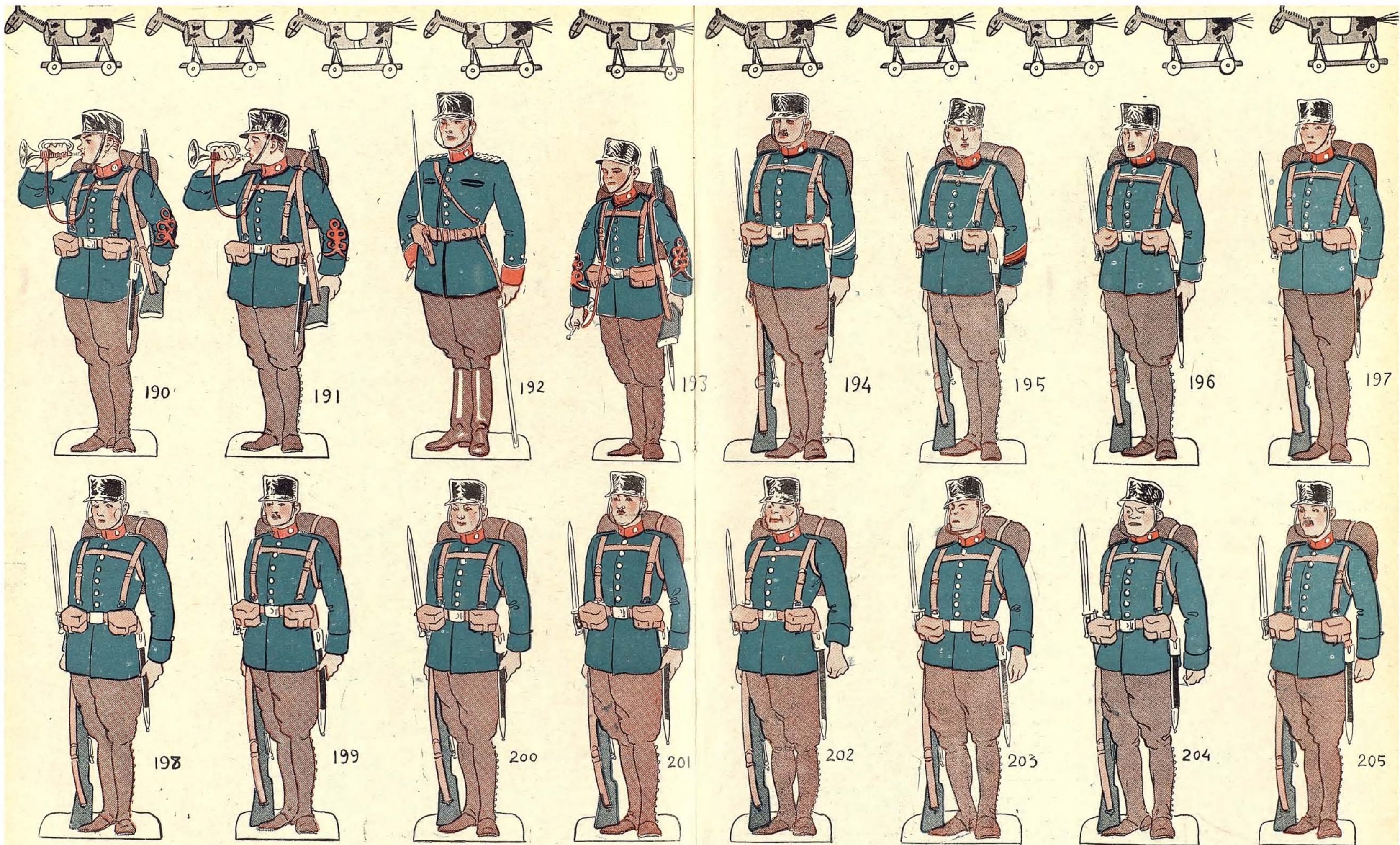


287.—María Teresa Cortés.  
Zaragoza.

## COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

265. Vicente ha hecho un reloj magnífico y un armario que da la hora.—266. Está muy bien este dibujo de Pilar, sobre todo por su acento americano.—267. Fomidables la pesona, el animal y el pueblo..., y el aire, que hay que ver cómo ha despeinado al Sol de Joaquín.—268. ¡Qué dibujo el de Carmen! Todo él tan decorativo, ¿verdad?—269. Entre otros encantos, el dibujo de José tiene la gracia de que las montañas parecen las pirámides.—270. ¡Todo magnífico! Pero la lámpara estará aburrida, tan sola.—271. ¡Bien, Rafaelillo, bien! ¡Qué inquietud tienen las nubes!—272. Con un león así, tan formidable, es fácil que la cabra no diga ni pío, ¿verdad, Pío?—273. Me gusta mucho este dibujo de Finita; está muy bien de movimiento; es bonito de veras.—274. ¡Muy gracioso el dibujo de Rafael! Sobre todo, el palo y el botijo.—275. Ese elefante ha sido dibujado por Fernando con una exactitud estupendísima.—276. ¡Le conozco, le conozco!... Y además está maravillosamente copiado, Vicentito.—277. ¡Ah, el perrito de Xaudaró! Y qué bien están los dos cuadros, querido José.—278. El camino me da miedo. Me parece que va a picar a alguien, como una víbora. Y el caso es que el dibujo de César es sencillamente formidable.—279. ¡Mucho, mucho, muy bien! Vaya equilibrio y vaya puerta..., Manolillo.—280. La pantera es de una gran emoción; pero la negra parece que vive. Esta Carmencita es una artista.—281. Al mismo tiempo de estar estupendamente dibujado, tiene gracia eso del botijo, querido Paco.—282. El fogón está muy bien de perspectiva. Y eso de poner el galápago es una idea muy original de Fernando.—282 bis. Con qué gracia hemos salido al paso en eso de poner animales. La camisetita está saladísima, Marianete.—283. Antes, mucho antes de ver el nombre, adiviné que era de una niña; y de una niña que tiene el depurado gusto de Elenita.—284. Muy bien, Ofelia; por ese camino serás pintora; y por ese camino marcha el caballero.—285. Este dibujo de don César es buenísimo. El mueble es un poco atrevido...—286. Allá va en un brioso corcel un jinete muy bien pintado. ¿Vamos a esperar a que salte?...—287. María Teresa dibuja tan bien, que ya estamos esperando más dibujos suyos.





#### EL GATO ADIVINO

Cupón G para el envío de las soluciones correspondientes a los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

PLIEGO QUINCE.—Vamos a publicar, como hemos dicho más de una vez, Infantería, Caballería y Artillería. Dos o tres pliegos de cada Cuerpo, porque no hay más remedio, mientras no se nos asegure la paz del mundo. Este es el regimiento de Infantería del Príncipe Pp.—190. El corneta Jacinto, que una vez infló un balón con la corneta, y cuando se pinchó salió toda la música por el pinchazo.—191. Silvestre, otro corneta, que toma la horchata sorbiendo por la cornetita.—192. El teniente Ricardo Rosal, que una vez le rompieron el sable en la guerra, y a escobazos tomó una posición al enemigo.—193. El cornetín de órdenes, Bartolomé, conocido por *Mosquita*, que sabe tocar unas dianas que hacen llorar de emoción, y a los soldados les hace llorar de tener que madrugar tanto.—194. El sargento Juan Relojería, que amenaza a los soldados con la mano y luego les da papirotazos en las narices.—195. El cabo Carloto Silla, que quiere a los soldados tanto, que cuando da el rancho sabe dar a cada uno lo que más le gusta.—196 y 197. Juan Manuel y Quiterio, que a un prisionero le hicieron aprender a coger el pan por el aire, como los perros; y le tomaron cariño, como a los perros, y le soltaron.—198, 199, 200 y 201. Casto, Cástor, César y Cesáreo, que en los descansos hacen grandes torres en el patio, subiéndose unos encima de otros, y una vez que pasaba el coronel fueron a saludar, se cayó Cesáreo y dió con la cabeza en un callito del jefe. Menos mal que le dió por reír, al mismo tiempo de quejarse.—202, 203 y 204. Antonio, Ataúlfo y Arcadio, que no sabían leer al entrar en el cuartel, y ahora son los más educados y se lavan las manos en la fuente del cuartel antes de comer el rancho.—205. Santiago, el más gracioso del cuartel, que una vez contó chistes graciosos que se cayeron al suelo de risa el cabo, el sargento y Casto, y se movió la lámpara del cuarto de guardia, que estaba debajo.

#### LA FRASE DE

##### DON QUIJOTE

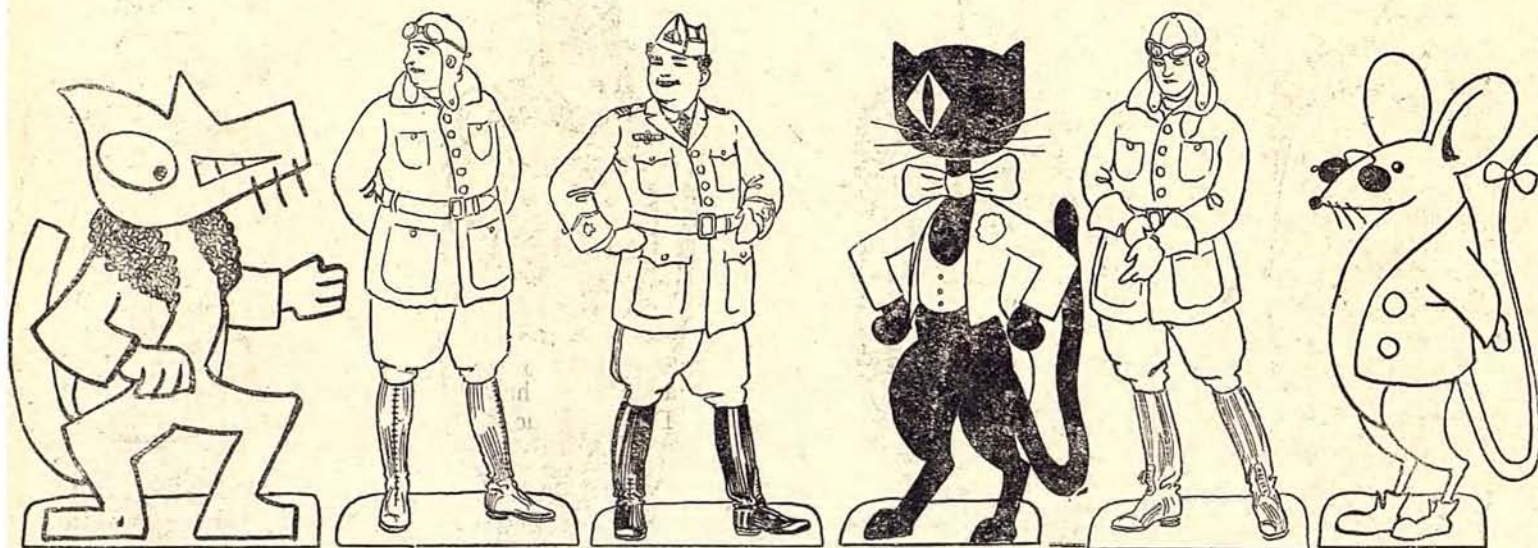
La frase que se publica en el número 15 pertenece al capítulo .....

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

(Dibujos de Oscar.)



# Lo que ha pasado esta semana en Villacaballos de Cartón



Se ha celebrado una fiesta de aviación en honor de Trespelos, Bombón y Adivino.

Cada uno, con un aviator distinto, dieron preciosos paseos sobre Villacaballos.

Después rizó el rizo el aparato donde iba Bombón, y el ratoncete bajó hecho un trapito.

Le tuvieron que llevar al botiquín, donde el médico de la Cruz Roja le hizo una receta de aire de abanico.

El avión en que iba Trespelos dió unas vueltas sobre el pararrayos del Ayuntamiento, y luego el perro tiró a la plaza varios ejemplares de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, regalándose los a los niños villacaballenses.

Por último, el aeroplano donde montó Adi-

vino tuvo la mala fortuna de tener avería en el motor y bajó planeando, y aterrizó violentamente en la Alameda cuando más gente había paseando.

Adivino sufrió un golpe en el párpado del ojo único, y hubo que vendárselo. Y se pasó todo el tiempo preguntando que si era de día o de noche, para decir *buenos días* o *buenas noches* a los que iban a verle. No veía nada.

El jueves, que ya estaba bueno, se celebró un banquete en honor de la Comisión de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, por varios elementos de Villacaballos, y hubo algunos brindis.

Brindó el almirante Arbolcda, que dijo que horá a Trespelos, Bombón y Adivino sargentos de Marina honorarios.

Luego brindó el Profesor Sí, que dijo que Villacaballos es un pueblo muy culto, y que está encantado aquí porque todos los chicos tienen deseos de saber cosas nuevas, y dice que hay gran afición por los problemas curiosos de Aritmética.

Por último habló el rico labrador del número 10, que ofreció enviar a la Redacción de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO veinte saquitos de piñones mondados, de un pinar que tiene.

Hubo música, hasta que una vez notaron el músico mayor y el flautista que se habían confundido, y uno dirigía con la flauta y el otro tocaba la batuta.

## 5 pesetas ponen en sus manos todos los meses

### 4 números de LA RAZA

revista gráfica semanal, reflejo de la actualidad palpitante en todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera. 40 CENTIMOS.

### 4 números de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO

el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas. El mejor periódico infantil de España. 40 CENTIMOS.

### 4 números de LA NOVELA DE HOY

que publica todas las semanas una novela corta, original e inédita, de una firma de alto prestigio literario. 30 CENTIMOS.

### 2 números de LA GACETA LITERARIA

publicación quincenal que abarca todo el movimiento literario de

nuestra época, nacional y extranjero, de total integración hispánica. 30 CENTIMOS.

### 1 número de COSMOPOLIS

gran revista mensual de alta literatura y de información mundial. Arte, ciencia, teatros, deportes, cine, modas, etc. etcétera. UNA PESETA.

### 1 número de LIBROS

Boletín mensual de la producción bibliográfica española e hispanoamericana.

Todas estas publicaciones las ofrecemos en *suscripción combinada especial* por SESENTA PESETAS al año, que podrán pagarse mensualmente, a cinco pesetas, teniendo en cuenta que esta suscripción combinada especial sólo la admitiremos los meses de julio, agosto y septiembre.

#### LIBRERIAS C. I. A. P.:

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—Librería Renacimiento, Plaza del Callao, 1.—Librería Fe, Principe de Vergara, 42 y 44, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla.—Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca.—Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena.—Librería Fe, Larga, 8, Jerez.—Librería Fe, Avenida de la Libertad (esquina a Idiáquez), San Sebastián.—Librería Fe, Real, 24, Coruña.—Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25, Zaragoza.

D. ....  
Residencia: .....  
Se suscribe a "Cosmópolis", "El perro, el ratón y el gato", "La Raza", "La Gaceta Literaria", "La Novela de Hoy" y "Libros", cuyo importe anual de 60 pesetas pagará por ..... comenzando en el mes de .....  
Fecna: .....

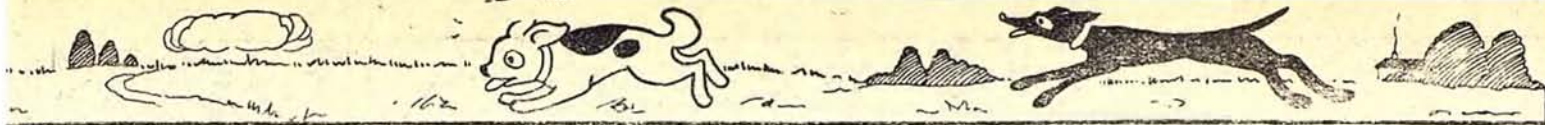
Firma

Ciap. Apartado 33. Madrid.

Ademas, presentando en cualquier librería Fe el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que se desee adquirir del fondo del catálogo C. I. A. P. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte.)

Obtendrá asimismo el suscriptor, merced a los concursos para señoras, para niños, para escritores, dibujantes y vendedores, premios de miles de pesetas, espléndidos regalos y juguetes.





**N**UESTROS queridos amigos *Mel*, *Gas* y *Bal* habían estado jugando a *Justicias y ladrones* con unos amigos.

Y al llegar la hora de ir un rato con su querido profesor Sr. Sí, hicieron una cosa muy graciosa: salió corriendo *Bel* que era "ladrón", y detrás *Gas* y *Bal* que eran "justicias".

Los demás amigos decían:

—¡A que le cogen!.. ¡A que no!

Los vieron desaparecer a gran velocidad por una calle, los esperaron un cuarto de hora, y en vista de que no volvían, se deshizo el juego.

Y es que, como comprenderán mis lectoritos, los tres muchachos se habían ido a casa de Don Sí sin decir nada.

Ya con el profesor, *Mel* le preguntó:

—¿Me quiere usted decir qué es el "Poema del Cid"?

—Sí—dijo Sí—. Es una poesía muy antigua, no se sabe por quién escrita ni cuándo, que es tal vez la primera obra literaria española de las conocidas; la más antigua, digo, y tal vez de las más importantes. Tiene 3.744 versos, o sea renglones, puesto que al renglón, en poesía, se le llama verso; pero como se ve que se han perdido páginas, se cree que llegó a tener 4.000. El escrito encontrado se sospecha que es una copia del primitivo, y no es seguro si pertenece al año 1207 ó 1307. El "Poema del Cid" habla de Rodrigo Díaz de Vivar, llamado *El Cid*, según parece, porque venció a cinco reyes moros que le llamaron su *seid*, su señor, y esa palabra se ha ido transformando en *Cid*. Dicho poema trata de las guerras ganadas en el siglo XI por Rodrigo Díaz, y además se mezcla muy bellamente la vida íntima de este guerrero famoso y los disgustos que tuvo con los esposos de sus dos hijas. Se pone ahora en duda si *El Cid* existió o no, o si es una fantasía del poeta. Pero muchos creen que no todo es fantasía, y que hubo un valiente guerrero, llamado así y nacido en la provincia de Burgos, que dió origen a tan bella composición, que todos los españoles deben conocer, puesto que cuantos más tesoros de la patria se conozcan, más se la ama; y es gran placer amar a la patria.

Después tocó preguntar a *Gas*, que dijo al profesor:

—¿Es verdad que no todas las púas del puercoespín pinchan?

—Sí—contestó Sí—; es verdad. Hay un puercoespín, llamado de cola empenachada, que en la extremidad de la cola tiene un penacho de púas suaves, que, aunque son inofensivas, le sirven para atemorizar a sus enemigos...

—¿Es verdad—preguntó *Bal*—que hay monos que ayudan a coger los cocos?

—Sí—contestó Sí—. Se les amaestra en cierta región del sur de Siam, y ellos tiran desde los cocoteros la fruta.

Se despidieron los alumnos, y *Mel* iba diciendo por las escaleras:

—Si nosotros fuésemos monos de esos, ¡cómo tiraríamos los cocos a los sombreros del amo!...

Cincomanos.

**El  
profe-  
sor  
Sí**



El Poema del Cid.  
Las púas blandas.  
Los monos que  
tiran cocos.



**E**L enano Tachuela recibió un día la visita de un comprador muy gordo que quería una cama.

Aquella noche ya el señor gordo, que se llamaba Eusebio Baloncete, durmió en su cama. Y la cama, que, como todos los muebles de Tachuela, tenía misterio y vida propia, se lamentó en silencio de que la hubiera tocado en suerte un caballero de tanto peso.

Lo aguantó la primera noche; lo aguantó la segunda... Pero la tercera ya la cogía demasiado cansada... y no lo aguantó. Y como Eusebio Baloncete era un hombre que dormía hasta las doce del día, fué la cama y desde las seis de la mañana empezó a hacer movimientos extraños. De modo que Baloncete se llevaba sustos y creía que era que se le iba la cama en sueños.

A las seis, a las seis y cinco, a las seis y cuarto... En cuanto que el gordo cogía el sueño, ¡venga movimiento!...

Total, que a las siete se tiró de la cama y dijo en su casa:

—Tengo unas pesadillas, como si la cama brincara, y he tenido que levantarme antes de mi hora.

Lo peor es que a la mañana siguiente le pasó igual. Antes de las ocho se tiró del lecho, y se quejó de que le había pasado igual que ayer.

Y unos días a las siete, otros a las ocho y otros a las seis, es el caso que Eusebio Baloncete se acostumbró a levantarse temprano, y eso le valió para no estar tan gordo y para buscar algo donde trabajar, pues se aburría mucho.

Y se compró instrumentos de carpintería y hacía juguetes de madera.

Ya estaba tranquila aquella cama de la tienda mágica. Y hasta tomó cariño a su dueño, porque Baloncete solía soñar historias y cuentos, y como la cama le tenía tan al lado, sentía los bellos y románticos sueños de Baloncete como suyos.

Sucedió un día una cosa misteriosa. Eusebio tenía que estar a las cinco de la mañana en el tren. Creo que es que tenía que ir a Oriente, porque los Reyes Magos le querían comprar juguetes para repartir.

Pero a esa hora estaba soñando que era buzo y que veía lindos peces, y la cama se olvidó de despertarle. En esto se despertó Baloncete, y eran las cinco menos cinco ya.

Se vistió muy de prisa. Y cuando estaba sentado en la cama abrochándose la segunda bota, que era lo último que le faltaba, la cama comenzó a correr.

Se bajó los escalones, le llevó a la estación y se volvió a su sitio tranquilamente ella solita.

Lauro de la Sandía.

\*\*\*

El rey de una nación hace el honor de ofrecer un cigarrillo a un vasallo. Y éste, azarado y agradecido, dice:

—¡Oh, majestad! Lo fumaré toda mi vida.

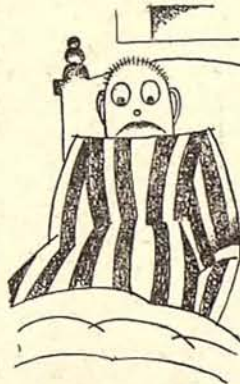
\*\*\*

El profesor.—¿Cómo dividiría usted un billete de veinticinco pesetas entre sesenta personas?  
El alumno.—Pues haciendo "confetti" con él.

**El  
mue-  
blis-  
ta.**



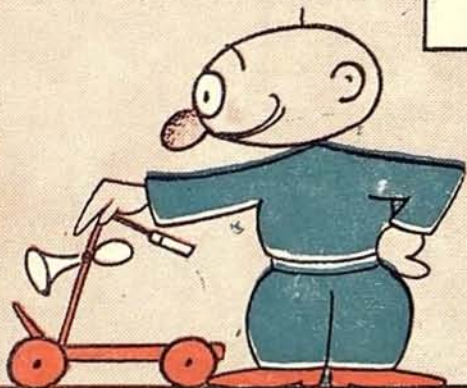
La cama misteriosa  
que fué despertador  
y luego fué  
automóvil.



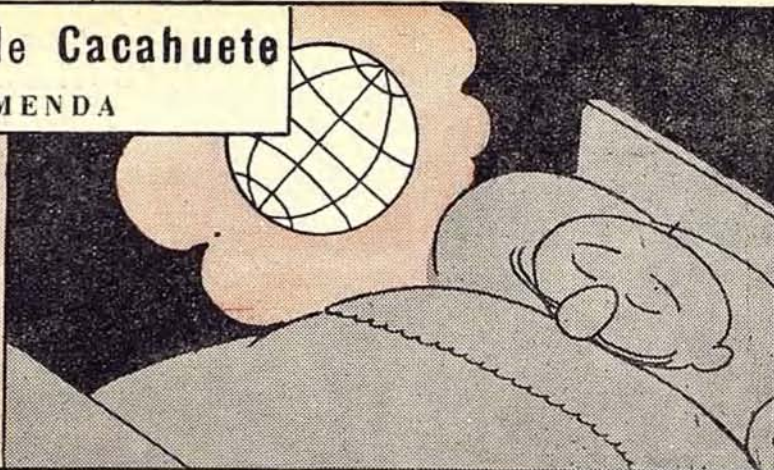


# Inventos de Cacahuete

por MENDA



Ha inventado Cacahuete un moderno patinete.



Durante el sueño profundo sueña con correr el mundo.



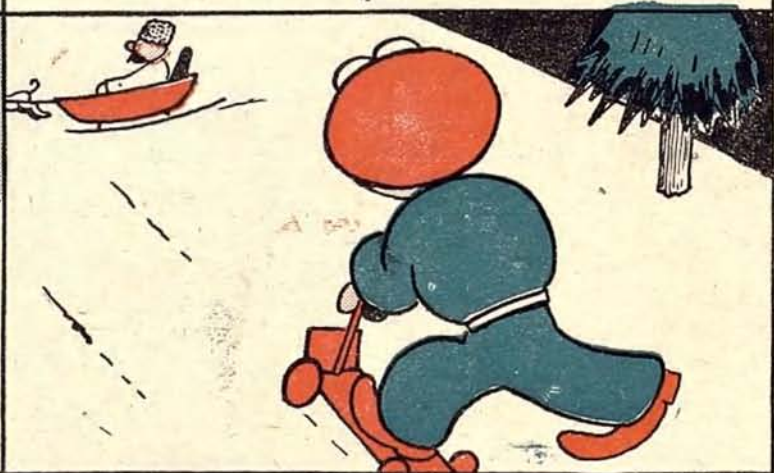
Un día de primavera sale por la carretera.



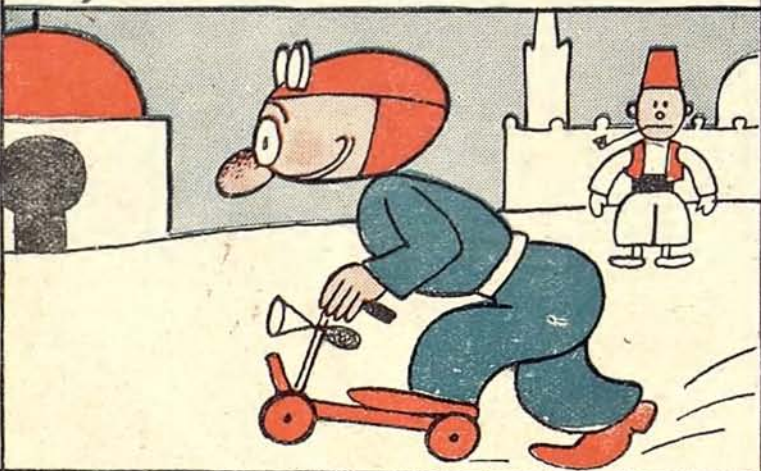
Al revolver una esquina se encuentra de pronto en China.



Y ya, puesto en este plan se mete en el Indostán.



Por Rusia va patinando sin que se vaya cansando.



Y se encuentra cierto día con que ha llegado a Turquía.

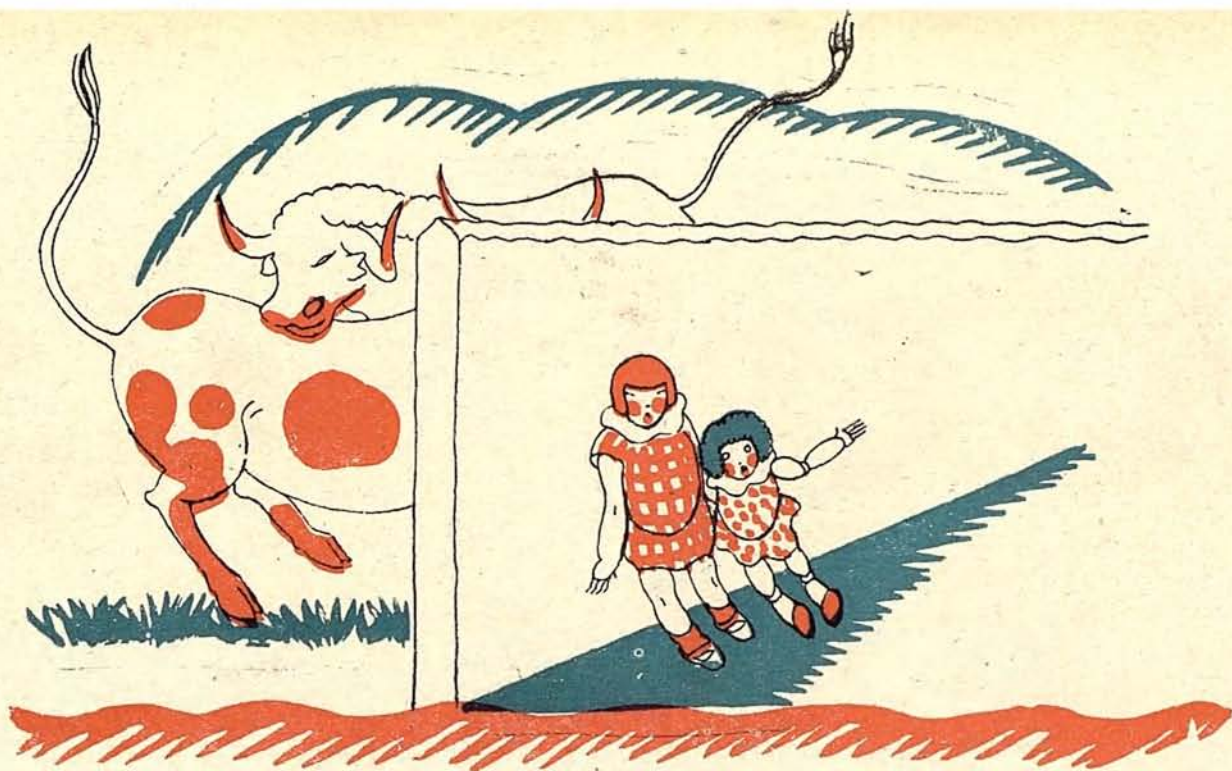


Al terminar, bien se ve cómo le ha crecido el pie.

el perro,  
el ratón y  
el gato.

Ayuntamiento de Madrid





## Los domingos de Chin y Bely

Aquel domingo, a Bely le entregaron en la calle del pueblo un programa de colorines, que resultó ser el anuncio de una corrida de toros para el domingo siguiente, y decía: «Se lidiarán y morirán a estoque seis hermosos toros.»

Inmediatamente logró saber en qué prado estaban esos seis toros bravos, y Bely y su hermana salieron muy decididas, dispuestas a evitar como fuera la corrida de esas fieras con cuernos.

—Hay que hacer que no cojan a un pobre torero—decía Bely.

—Sí, sí; pobres toreros—añadía Chin.

—Y hay también que evitar que los toros mueran a estoque, sin que hayan hecho nada malo. Además, creo que cometen la barbaridad de matar caballos. ¡Tan inocentes como son!...

Por fin llegaron a dar vista al prado donde estaban los toros llenos de buen deseo saltaron la tapia y se fueron hacia el que parecía más bravo. El cual las vió, se fijó en los colorines de sus vestidos... y tomó terrible carrera hacia ellas, de modo que Chin y Bely tuvieron que volver aterradas, con un pánico imponente; y cuando ya casi las rozaba con el cuerno, llegaron a la tapia, se arrojaron de cualquier manera, y llegaron al otro lado de cabeza.

Acurrucaditas en el suelo estuvieron un momento las dos, sintiendo que al otro lado del cerrado el toro bravo escarbaba en el suelo. Y fué Chin la que dijo:

—Eres un bruto; parece mentira que un animal de tu fuerza, y con unos cuernos tan afilados, se atreva con una niña...

—Pero ¿es una niña?—preguntó entonces el toro—. ¡Ah!, que perdone. Yo soy demasiado bravo, y cuando veo algo que se agita, lo ataco con toda la furia del mundo, cegado por la bravura...

Entonces las dos niñas se asomaron a la tapia y se pusieron de conversación con el bravo bicho.

—Usted tiene la culpa de que le maten el domingo. Ha tomado usted rabia a los hombres. Y como entre los hombres los hay valientes, se atreven con usted, y cuanto más bravo, más les gusta.

—¡Mejor! Por eso yo quiero demostrarles hasta el final que también soy valiente.

—Haces mal—dijo Chin, que le tuteaba.

El toro, entonces, llamó a un compañero y le dijo:

—Mira lo que nos proponen estas niñas: que no embistamos, y así no seremos toros de lidia.

—Se ve que estas niñas son nobles y buenas. Pero nosotros no podemos menos de ser como seremos el domingo próximo: bravos y valientes—respondió el otro.

—Yo—dijo el primero—casi tengo ganas de que venga el día de la corrida, porque me gustará mucho lanzarme a la batalla. Yo soy un héroe.

—Y yo otro...

—Me dan ustedes pena—dijo Bely—pero les admiro. Sois unos valientes, pero lo vais a pasar mal...

Y se fué a un prado más allá, y habló con varias vacas.

—¿Saben ustedes—les dijo—que el domingo van unos hombres a matar a esos seis toros?

—Pero ¿es verdad?... ¡Ay! ¡ay! ¡Pobres de nuestros maridos!... Pues a nosotras no nos lo habían querido decir...

—Entonces, a ver cómo lo evitáis.

Y una vaca respondió:

—El caso es que... yo casi prefiero que sean valientes, que mueran con valor, que no se diga que son cobardes.

—Y yo—dijo otra. Y todas.

Bely dijo a Chin:

—No podemos hacer nada. Son una raza de valientes...

Casi lloraba; no iba a poder dormir en toda la semana, pensando en que había seis condenados a muerte... Pero de pronto recordó que a los toros defectuosos, como tuertos, cojos, etc., no se les lidia. Y fué a su casa en una carrera y cogió seis cepos de ratón; y volvió y los preparó por el prado.

Los toros, uno por uno, fueron enganchándose, y andaban con la molestia del cepito cogido, lo que les hacía cojear. Vinieron los hombres a por ellos, y como los cepos no se veían por la hierba, creyeron que estaban defectuosos, y hubo que suspender aquella corrida. Y en recuerdo, fué Bely y regaló un toro de cartón a Chin.



el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



# El perro, el ratón y el gato comen en el mismo plato. Y el Botijo viene luego para enseñarles un juego

Cuántas noches pasa esto de que el Mago Botijo llegue después de cenar a casa de Trespelos, Bombón y Adivino y se ponga de charla a contar cuentos y curiosidades.

Esta vez cogió velas, una copa de vino, papeles para recortar y dibujar, y les hizo los siguientes experimentos:

## SOMBRAS DE COLORINES

Con un monigote (fig. 1.<sup>a</sup>) recortado en cartulina y sostenido verticalmente

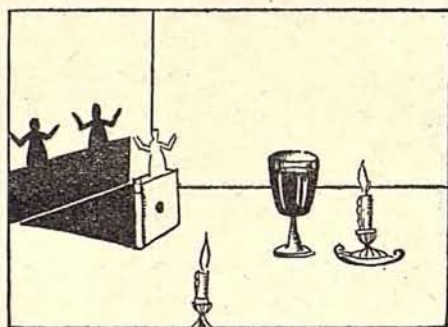


Figura 1.

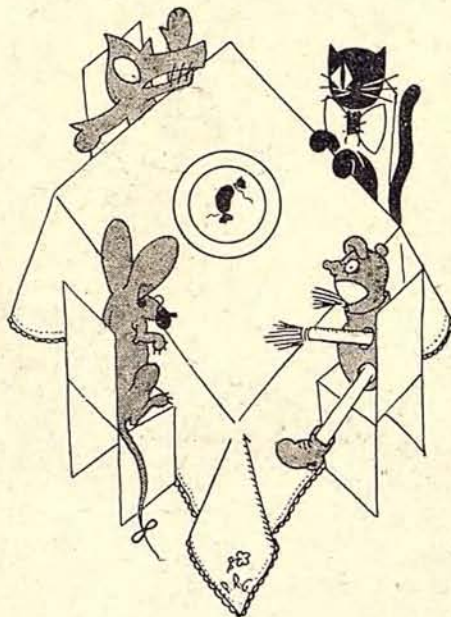
frente a una pantalla blanca y un par de bujías encendidas, se obtendrán dos sombras de igual forma que la figura que las proyecta.

Interponiendo entre una luz y la pantalla una copa llena de vino se observará que la sombra proyectada por la otra luz adquiere color rojo, mientras que la otra sombra, proyectada por la luz misma que ha de atravesar el cristal, casi desaparece; pero fijándose en ello se verá que presenta un ligero matiz de color verde.

Si la copa estuviera llena de cerveza, la primera penumbra se volvería amarilla y la segunda presentaría un matiz violeta; con cristal azul la primera sombra es azul y la segunda anaranjada; con cristal violeta la primera sombra se vuelve violeta y la segunda amarillenta; con cristal anaranjado, la primera sombra se vuelve anaranjada y la segunda azulada.

## ESTRELLITAS

Cójase una cartulina, dóblese (figura 2.<sup>a</sup>), y en ella recórtense dos estrellas de cuatro puntas, una en cada hoja de las dos que forman la cartulina, ambas a la misma altura, y la una con las puntas



inclinadas respecto a las puntas de la otra.

Dispuesta esta cartulina frente a una pantalla blanca, y colocando en la mesa dos luces, se obtendrán sobre la pantalla dos estrellas de cuatro puntas, cuya distancia dependerá de la posición de las dos luces; modificando esa posición lograremos que los centros de las dos estrellas de la pantalla se superpongan, con lo cual se formará una sola estrella de ocho puntas.

Anteponiendo a una de las llamas

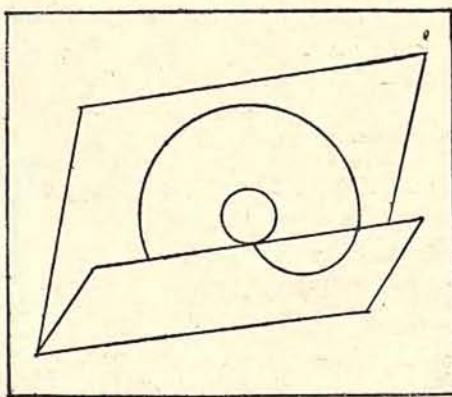


Figura 3.

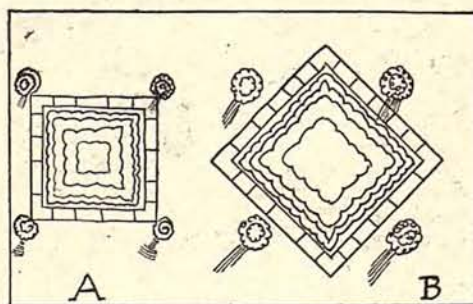


Figura 4.

una copa llena de líquido coloreado, se teñirán del mismo color cuatro de las puntas de la estrella, mientras las otras cuatro aparecerán con el matiz complementario, según se indica en la curiosidad anterior.

## PROBLEMA DIVERTIDO

¿Quién es capaz de dibujar dos circunferencias concéntricas sin separar en ningún momento el lápiz del papel?

Muy sencillo. Una vez dibujada una

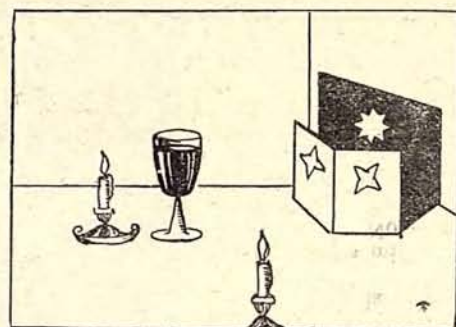


Figura 2.

de las circunferencias, se doblará el papel (fig. 3.<sup>a</sup>), y pasando el lápiz por el dorso, se pasará a dibujar la otra circunferencia.

## EL JARDINERO INTRANQUILO

Dicen que quiso un jardinero duplicar no el volumen, sino el área del estanque A, de superficie cuadrada (figura 4.<sup>a</sup>), imponiéndose la condición de conservar la forma cuadrada sin destruir los cuatro hermosos árboles situados en los vértices.

El ejemplar amor de ese jardinero a los árboles le sugirió una idea que le permitió satisfacer su propósito: los árboles, en lugar de ocupar los vértices, quedaron situados junto a los puntos medios de los lados del estanque B.

Pero el ratón Bombón tenía sueño después de este último pasatiempo, y se fueron todos a dormir.

EN EL NÚMERO 19 ENCONTRARÉIS GRANDES REFORMAS : EN EL NÚMERO 17 LAS EXPLICAREMOS BIEN. ¡REGALOS! ¡VILLABURRILLOS DE TRAPO! ¡TEATRO! ¡PAISAJES RE-CORTABLES!...



mi caballo me ha salvado la vida. ¿Cómo? No es la primera vez que lo hace.

—Muy sencillamente: os encontramos a muchas millas de aquí, sobre un precipicio que domina el río El Norte. Estabais suspendido sobre el abismo, pendiente del ron-zal, que por una feliz casualidad se había encendido en vuestro cuerpo. El noble animal, haciendo fuerza sobre sus corvas, soportaba todo vuestro peso sobre su cuello.

—¡Ah, noble "Moro"! ¡Qué situación tan terrible es la que me estáis describiendo!

—Bien podéis decirlo: si llegáis a caer os hibernaréis corrido un espacio de 1.000 pies antes de chocaros contra la roca que estaba debajo. Ciertamente, vuestra situación no podía ser más terrible.

—Sin duda había querido precipitarme hacia el agua que tenía delante.

—No lo dudéis; y lo hubierais hecho por segunda vez si no lo hubiéramos impedido. Cuando os hubimos retirado de la vista del abismo os esforzasteis por demás para volver a él, y era que no veíais más que el agua que corría por su fondo y no el insuperable obstáculo que os separaba de ella. La sed es una cosa terrible y ocasiona siempre una de las locuras más violentas.

—Tengo como un vago recuerdo de lo que me estáis diciendo; pero me había figurado que todo eso había sido una ficción del sueño.

—Ya no tenéis que preocuparos de ese asunto, y aun es mejor que no penséis en él; además, aquí viene el doctor, que quiere que os deje tranquilo. Sin embargo, desed deciros otra cosa.

La cara de mi salvador se cubrió de una sombra de tristeza.

—Hablad.

—No hubiera venido a veros—continuó—a no ser por esta circunstancia. No tengo un momento que perder; to alvivo, que no dudo os proporcionarán la asistencia del médico y los cuidados de mi esposa y mi hija.

—¡Gracias, caballero, gracias!—le dije.

## CAPÍTULO XIII

### Amor.

Quisiera reducir la historia de los diez días que siguieron a otras tantas palabras. No deseo cansaros con detalles de mi amor; amor que en el transcurso de tan corto tiempo llegó a ser una pasión profunda y ardiente.

Entonces era yo muy joven; me hallaba en la edad más propia para que me impresionaran los incidentes novelescos que me rodeaban y que habían puesto en mi senda a aquel ser tan bello, en la edad en que el corazón no ha hecho aún sus fríos cálculos sobre el porvenir, y se entrega sin la menor resistencia a las impresiones eléctricas del amor. Si he dicho eléctricas es porque creo que en dicha edad son de esta naturaleza las simpatías que brotan entre dos corazones.

Llega después otro período en la vida en que este poder se relaja y se divide. La razón lo guía; tenemos conciencia de nuestra capacidad de traspasar nuestras afecciones, porque éstas han faltado ya a los juramentos, y perdemos esa dulce confianza que caracteriza al amor de nuestra juventud. Somos imperiosos o celosos, según aparecen las ventajas a nuestro favor o en contra nuestra. Una liga grosera se mezcla en el amor de nuestra edad viril, empañando la divinidad de su carácter.

Puedo llamar a la que sentí entonces mi primera pasión verdadera. Creía haber amado antes, pero me engañaba, era un sueño; el sueño del niño de la aldea que creía ver el cielo en los brillantes ojos de su compañera de estudio o de su linda prima.

Fuí recobrando mis fuerzas con tanta rapidez, que el hábil naturalista estaba asombrado. El amor alimenta el fuego de la vida. La voluntad, dígame lo que se quiera, tiene un inmenso poder sobre el cuerpo. El deseo de estar bueno, de vivir, una causa por la cual vivir, son con mucha frecuencia los más rápidos restauradores. Estos fueron los míos.

Como me sentía más fuerte, me levanté de la cama.

el sentimiento que os ha inducido a obrar como lo habéis hecho. Os parecerán extrañas mis palabras, sin duda; pero si se tiene en cuenta lo que sabíais de mí, nada de particular tiene vuestra conducta. Sin embargo, es posterior a algún día, cuando me conocíais más bien, caballero, que algún día, cuando me conocíais más bien, los actos que os parecen ahora tan punibles los juzguéis, no solamente perdonables, sino justificados. Pero no hablémos más de este asunto por ahora. Mi objeto, al venir aquí, ha sido el de rogáros que no digáis en esta casa nada de lo que os han dicho de mí.

El tono de su voz se había convertido en un murmullo al decirme estas palabras, y al mismo tiempo me señalaba hacia la puerta.

Desos por mi parte de variar de conversación, apartándonos de un asunto tan desagradable, le dirigí la siguiente pregunta:

—¿Queréis decirme cómo es que me encuentro en esta casa sin saberlo? Veo bien que es la vuestra, no me cabe duda de ello, pero no comprendo cómo he venido ni dónde me habéis encontrado.

—Os he encontrado en una situación muy peligrosa—me contestó, al mismo tiempo que se sonreía—; apenas puedo reclamar para mí el mérito de haberos salvado la vida; es más bien a vuestro noble caballo a quien debéis dar las gracias.

—¡Ah, caballo mío! ¡Valiente "Moro"! Le he perdido. —Vuestro caballo está en la cuadra, delante de un pimiento de maíz; es decir, a unos diez pasos de este sitio. Me parece que vais a encontrarlo en mejores condiciones que la última vez que le visteis. En cuanto a vuestra mala, está cerca de aquí, y su carga la tenéis a vuestro lado.

Según señaló al pie de la cama.

—¿Qué ha sido de...?

—Preguntáis por Godé?—me dijo, interrumpiéndome—; no os inquietéis por él; se ha salvado también. En este instante está ausente, pero no tardará en volver.

—No sé cómo expresaros mi agradecimiento. ¡Qué noticias tan gratas me habéis dado! Me habéis dicho que

dre. La mandolina y el arpa se pusieron acordes en poco tiempo, y las cuerdas de los dos instrumentos empezaron a vibrar con las entusiastas notas de la *Marsellesa*.

La instrumentación me pareció perfecta, y las voces que le acompañaban, dulces, armoniosas y llenas de fuego. Las facciones de Yoc, animadas por las inspiradas ideas del himno, parecían radiantes de luz como las de un ser inmortal. Creía ver en ella a una joven diosa de la libertad llamando a sus hijos a las armas.

El botánico había suspendido su trabajo y estaba escuchando con delicia. Cada vez que se entonaba la entusiasta invocación "¡Aux armes, citoyens!", sacudía el anciano los dedos y llevaba el compás de la música en el suelo dando golpes con su pie. Experimentaba el contagio del mismo espíritu que en aquella época iba llegando a una crisis en toda Europa.

—¿Dónde estoy?—me pregunté asombrado, porque veía caras francesas y oía música francesa y conversación en francés, pues también el doctor se dirigía en esta lengua a las damas, aunque lo hacía con un acento que confirmó mi primera impresión sobre su nacionalidad. ¿Dónde estoy?

Volvi los ojos a mi alrededor buscando una respuesta. El mueblaje de la habitación no me era desconocido, porque veía allí las sillas de campeche, un rebozo y un petate de palma.

Un perro dormía cerca de mi cama; lo reconocí al instante.

—¡"Alpe"! ¡"Alpe"!—exclamé.

—¡Oh, mamá!—dijo Yoc—. El enfermo ha hablado.

El perro dió un salto, levantó sus manos y las apoyó sobre la cama, y alargó el hocico hacia mí, lanzando un grito de alegría. Saqué una mano y le toqué la cabeza, al mismo tiempo que le dirigía algunas palabras cariñosas.

—¡Oh, mamá; lo ha conocido!

La dama se levantó y se acercó a la cama. El alemán me tomó el pulso, al mismo tiempo que empujaba al perro, que iba a saltar para ponerse a mi lado.



—Dios mío!, está mejor: mirad sus ojos, doctor; ¡qué cambio tan favorable!

—Sí, sí; mucho mejor. ¡Vete, perro! ¡Vete, amigo mío!

—¿Dónde estoy?—pregunté—. Decidme, ¿dónde estoy, y quién sois?

—Somos amigos vuestros—me contestó la dama—; habéis estado enfermo.

—Sí—añadió la joven—: amigos vuestros, que os cuidaremos mucho. Este caballero es el doctor, esta señora mi mamá, y yo...

—Un ángel bajado del cielo, hermosísima Yoe—la dije, interrumpiéndola.

La joven me miró llena de asombro y se puso encarnada.

—¿Habéis oído, mamá? ¡Sabe mi nombre!

Era el primer elogio de aquel género que había recibido en su vida.

—El alivio es muy grande, señora—continuó el doctor—; pronto le tendremos bueno. ¡Vete, perro! Tu amo está mejor. ¡Perro, bájate!

—Tal vez, doctor, sea conveniente que nos retiremos de aquí; el ruido...

—¡No, no!—exclamé con calor—, quedaos aquí, os lo ruego; ¿No pensáis continuar tocando?

—La música es muy buena para templar el sufrimiento—añadió el naturalista.

—Mamá, ¿quieres que toquemos?—dijo Yoe.

Madre e hija volvieron a hacer vibrar los instrumentos.

Escuché algún tiempo, mientras que contemplaba a aquellas dos mujeres. Mis ojos, por fin, empezaron a entornarse, y las realidades que tenía delante se cambiaron en las leves sombras de un sueño.

Mi sueño fué interrumpido por el silencio repentino de la música. Creí haber oído, cuando aun no estaba bastante despierto, que se había abierto una puerta. Cuando abrí los ojos miré al sitio que había estado ocupado por las dos mujeres, pero éstas se habían ido; la mandolina estaba sobre el escaño, pero "ella" no estaba allí.

Desde donde yo estaba no podía ver toda la habitación, pero sabía que había entrado alguien en la casa. Oí



expresiones de bienvenida y de cariño, el roce de vestidos y las palabras "¡Papa!", "¡Hija mía!". Las últimas pronunciadas por una voz de hombre. Después se cruzaron algunas palabras en un tono más bajo, que no me permitió oír.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales guardé silencio y seguí escuchando. Algunos pasos de botas, calzadas con espuelas, resonaron sobre el pavimento, penetraron donde yo estaba y se aproximaron a la cama. Me estremecí al levantar los ojos. El cazador de cabelleras estaba delante de mí.

## CAPÍTULO XII

### Seguín

—Estáis mejor y tardaréis poco en poneros bueno del todo. Lo celebro mucho—me dijo Seguín sin alargarme su mano.

—Os debo la vida, ¿no es cierto?—le pregunté.

Es extraño que estuviera convencido de esto desde el momento que fijé mis ojos en aquel hombre. Creo que esta idea había cruzado antes por mi mente, después de haber despertado de mi prolongado sueño. ¿Le había aca-so visto durante mi tenebre por el agua, o lo había so-nado?

—Sí, señor—me contestó sonriendo—; pero debéis acordaros de que yo tuve, en parte, la culpa de que os vierais expuesto a perderla.

—¿Queréis aceptar mi mano? Me perdonáis?

Hay algo de egoísmo en la ingratitud. ¿Qué cambio tan grande habían tenido mis sentimientos hacia aquel hombre! Esta suplicando por una cosa que hacía muy pocos días, en el orgullo de mi moralidad, había apartado de mí como un objeto asqueroso.

Pero otros pensamientos influían en mi cambio. El hombre que tenía delante era el esposo de la dama y el padre de Yoe. Su carácter, su ocupación terrible, fueron olvidados en un momento, y al siguiente nuestras manos se estrecharon amistosamente.

—Nada tengo que perdonar—me dijo Seguín—; respeto

—Haréis bien de continuar en esta casa hasta que vuestros amigos vuelvan de Chihuahua, que no pasarán lejos de este sitio, y tendréis aviso de cuando se vayan aproximando. Sois estudioso; aquí tenéis libros en diferentes idiomas, para entreteneros. También disfrutaréis de la música. Ahora, adiós, señor mío.

—¡Esperad un momento!—exclamé—. Me parece que tenéis un extraño capricho por poseer mi caballo.

—No, caballero, no ha sido un capricho; pero ya os explicaré esto en otra ocasión. Quizás no exista ya la necesidad que tenía de poseerlo.

—¡Tomadlo si queréis. Otro cualquiera llenará mis necesidades.

—¡Ah!, no, señor. ¿Creéis, por ventura, que había yo de privaros de lo que tanto estimáis, con razón tan justa? No, no; conservad a "Moro". No me admiro de vuestro cariño hacia tan noble bruto.

—Me habéis dicho que tenéis que hacer un largo viaje esta noche; aprovechaos, al menos, de ese animal para esta ocasión.

—Acepto vuestro ofrecimiento, porque, si he de deciros la verdad, mi caballo está muy cansado, después de dos días que me ha llevado sobre la silla.

Seguín, después de estrechar mi mano, se alejó. Oí el sonido metálico de sus espuelas al cruzar la habitación, y un momento después se cerró la puerta tras de él.

Estaba solo y me puse a escuchar todos los sonidos que venían de fuera. Hacía media hora que se había separado Seguín de mi lado, cuando oí los cascos de un caballo y vi la sombra que pasaba junto al exterior de la ventana. Se había puesto en marcha, quizás para poner en ejecución algún proyecto sangriento de los que se componía su vocación terrible.

Durante algún tiempo estuve pensando en aquel hombre extraño, hasta que algunas voces suaves interrumpieron el hilo de mis ideas y aparecieron ante mis ojos rostros encantadores.

En un momento olvidé al cazador de cabelleras.



# página del gato adivino



Concurso de pasatiempos para los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16  
dedicado a

## LOS JUGUETES DE MANOLITO

VEANSE LAS BASES COMPLETAS PUBLICADAS EN EL NUMERO 9

### La pregunta del juguete

(Pasatiempo núm. 19)

Manolito tiene un "Nicanor" y un "Polichinela" que discuten mucho. Hoy decían si se podía o no reunir más de diez nombres de varón que empiecen con A.

¿Hay algún lector que pueda remitir once? No valen más.



### La cometa en Andalucía

(Pasatiempo núm. 20)

La cometa de Manolito es arrojada al viento todos los domingos, y cuando está en el aire, se le corta la cuerda y se la suelta. Y esta vez resulta que cae en un pueblo de Almería, cuyas letras cambiadas son:

HEPRUNCA

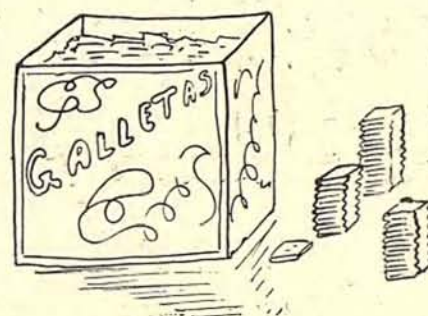
¿Qué pueblo es?

### Las cuentas de los juguetes

(Pasatiempo núm. 21)

A Manolito le regalaron una caja de galletas, y Manolito regala la mitad a un amigo, seis a otro, y de lo que le queda regala la mitad a otro y cinco a otro, quedándose él con cuatro. ¿Cuántas galletas tenía la caja?

Para resolverlo véase este problema en el número 9, y después compruébese con cuidado.



### Concurso de postín

#### LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XLIII, XLIV y XLV, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

“¿Qué rey no le asentó a su mesa?”

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicaron en los cuatro primeros números.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

## L A R A Z A L A M E J O R R E V I S T A

LAS MEJORES FIRMAS :: LA DE MEJORES

PREMIOS :: LAS MEJORES FOTOGRAFÍAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :: LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

Por  
dos  
rea  
les

## EL LIBRO DEL PUEBLO

APARECE QUINCENALMENTE CON LAS MEJORES FIRMAS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

Apartado 33

Madrid

Por  
dos  
rea  
les

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



# RESPUESTAS DE LOS CHICOS



Vamos a preguntarle cosas al futuro general don Alejandrete Maya y Ruiz, que es un valiente nada menos que de ocho años.

—¿A ti qué te gustaría ser?

—Militar; capitán general...

—¿Nada menos que general?... ¿Y si no tuvieras carrera?

—Pues "soldao"; y, mejor, "soldao" del Tercio. ¡Eso sí que me gusta!

—¿De qué te agrada que traten los libros?

—De aventuras, como uno que tengo yo, que hace uno un regimiento de negros para pelear contra los leones.

—¿Y qué animal te gusta más?

—Los gallos. Son los más bonitos. Y los caballos también.

—¿Qué día has pasado más miedo?

—Un día que haciendo una guerra en el campo, me quedé colgado en una roca.

—¿En qué te gastarías las mil pesetas?

—En soldados de plomo todas.

EL MAGO  
BOTIJO

(Dib. de Alonso.)